

Una poderosa oleada de Revolución— así, con letra mayúscula, que es como se escribe la gran Revolución, la Revolución por antonomasia, la Revolución Francesa de fines del siglo XVIII— una poderosa oleada de Revolución está levantando a toda Europa. La está levantando del materialismo histórico, enemigo de toda verdadera libertad, del fatalismo cienfífista— que no científico— que la tuvo postrada en la segunda mitad del pasado siglo XIX. Se está dando la batalla a la Santa Alianza simbolizada en los dos Imperios centrales del brazo con la Turquía del fatalismo beicoso mahometano. Y del peor mahometismo, del que se infiltró en ese pueblo no arábigo. Se está librando la gran batalla contra la estepa espiritual. Se está barriendo el tibetanismo europeo.

Hoy este tibetanismo se concentraba en la docta y más que docta mandarinésca Alemania— de la que hasta la China, la China modernizada, por supuesto, se separa— la cuna del fatalismo hegeliano, donde Carlos Marx enseñó que la revolución económica la hacen las cosas y no los hombres y que es el estómago el director supremo de la historia y donde Schopenhauer predicó la vuelta al budismo, en esa Alemania anticristiana, anti-europea, anti-humanitaria, materialista y pagana. Ponia la organización sobre la creación.

Los pueblos sienten que la libertad es creación, no organización, y que el hombre crea, por la libertad, la historia. Y una oleada de democracia está levantando a Europa.

En los países beligerantes el Gobierno ha ido a dar a manos de los más liberales y de los más demócratas. En Inglaterra ha vencido, gracias a la guerra, Lloyd George; en Italia echaron a Giolitti, el marrullero, el maquiavélico, el materialista; en Bélgica fué llamado al ministerio un socialista. Y hasta en países no beligerantes o semibeligerantes, como es Grecia, se repite el caso. En Suecia llegan obreros liberales al poder. En Grecia el poder se divide entre un autócrata, un conculcador del Parlamento, un partidario exclusivo del derecho divino de la realeza como es Constantino, y un viejo revolucionario liberal y demócrata como Venizelos. Portugal entró más fácilmente en la guerra por estar ya libre de la vergüenza brigantina.

Y ahora tocó la vez a Rusia. La Rusia que hacía la guerra, la que la quería, la que se sentía obligada a pelear contra el autocratismo militarista prusiano y austriaco, ha tenido que volverse, por ínfima ley histórica, contra su propio autocratismo que era ya un tumor bien localizado. Porque mientras fué un vicio general de la sangre nacional, un morbo difuso, una diátesis de todo el país, su extirpación no fué posible. Su concentración en tumor germánico y palaciego ha hecho haccedera la rápida operación quirúrgica. La guerra ha obrado de anestésico y de anti-séptico.

Ya los desgraciados marxistas alemanes, los del fatalismo de la emancipación del proletariado; los de la concepción materialista— y a la vez imperialista— de la historia; los que esperaban o decían esperar más de las cosas que de los hombres; los que anteponían los problemas de bienestar material a los de dignidad espiritual y si peleaban por el voto era no más que en vista del sala-

rio; los que a cambio del seguro obligatorio y otras medidas así se aquietaban con el sufragio restringido y la irresponsabilidad del Canciller ante el Parlamento; los aliados del imperialismo militarista; esos desgraciados marxistas alemanes no tienen ya pretexto para invocar el odio a Rusia que Marx, como buen judío que era, les imbuyó. Ya no es Rusia la Rusia zarista y germanizada de los "progromos" o matanzas de judíos, la que oprimía a Finlandia y a Polonia. Y el antisemitismo ruso así como su absolutismo opresor eran de genuino origen germánico y no asiático como se ha dicho.

¿Qué más? Esos jóvenes turcos, es decir, los turcos germanizados son mucho más absolutistas, mucho menos liberales que los otros turcos. Esos jóvenes turcos, educados en el materialismo histórico alemán, discípulos más de Nietzsche que de Kant, habrían continuado, de haber vivido, con las matanzas de armenios. Porque comparten el odio a la libertad de los pueblos con el odio al cristianismo.

Esta guerra es una guerra del cristianismo liberal revolucionario contra el paganismo absolutista del Estado que pretendía ahogar la creación con una cosa que llaman organización; es el desquite del hombre contra la cosa. Y la santa Rusia cristiana, la Rusia de Dostoyevski y de Tolstoi, los dos más grandes cristianos acaso del siglo pasado, sobre todo el primero de ellos, el apostólico Dostoyevski, el último gran evangelista cristiano, esa Rusia no podía faltar a su deber. Y ha barrido la mentira de la ortodoxia cesarista. Ha dado a Dios lo que es de Dios, la libertad del pueblo, y al César o Zar— pues Zar, Kaiser y César son originaria y fundamentalmente una sola y misma expresión— le ha dado lo que es del César.

Una poderosa oleada de Revolución está a favor de la guerra, de esta guerra que es el renacimiento de la gran Revolución Francesa, que fué a su vez la fructificación en madurez del cristianismo civilizado, levantando a Europa. Y acabará, así lo esperamos, por levantar a Alemania y a Austria obligándolas a que se incorporen a Europa, a la Europa civil cristiana, a la de la civilidad cristianizada, a la de la cristiandad civilizada, hecha civil de eclesiástica y militar que era. Se está





desamortizando, deseclesiasalizando el cristianismo y se está redimiendo de la espada a la cruz. Ya no podrá erigirse el altar en trono ni coronar a la espada con la cruz. Va a ser vencido el maniqueísmo germánico.

¿Y esa poderosa oleada de Revolución llegará a nuestra España? ¿Acabará por surgir la conciencia pública civil española, único modo de que aquí haya liberalismo y democracia, único modo de que haya historia? ¿Nos pondremos a crear, como hombres, nuestra historia en vez de estar como cosas, inertes, mientras otros pueblos crean la suya? Y ni siquiera contemplando como la crean, porque el contemplar es ya un hacer y el que de varas contempla la historia que hacen otros crea la suya propia. Nó, ni la contemplamos. Nuestro pueblo en general ni siquiera contempla, como contemplaría un hombre, la guerra que otros pueblos hacen, sino que como una cosa se está frente a ella, sufriendo sus consecuencias. Pero también como las sufre una cosa y no como las sufriría un hombre contemplativo.

La psicología del germanófilo español no es psicología porque en él no hay psique; es más bien física. Porque el germanófilo español rarísima vez es hombre; no es más que cosa. Sus reacciones son reacciones físicas, a lo sumo fisiológicas. Y no contempla nada... ¡qué ha de contemplar! En rigor ni sabe que hay guerra, ni le importa saberlo. Y los otros, los que no son nada o creen no ser nada, los absolutos neutrales, estos son germanófilos inconscientes. La neutralidad en España no es más que germanofilia. Y esto tanto en los que ya lo saben ellos mismos como en los que no lo saben. Y la germanofilia, casi siempre sin saber nada de Alemania, es una posición física más que psíquica, a lo sumo fisiológica. Es la posición de la inercia.

La germanofilia española es un producto de la mentalidad, o mejor, de la demencialidad de nuestra clase llamada media, de esta lamentable clase de cazadores del destino que finge creer en las mentiras oficiales de los Gobiernos. Esta clase media heredera genuina de la que dió inspiración y asuntos a nuestra novela picaresca; esta clase media del hidalgo en ayunas que se echa migas de pan en la barba para hacer creer que ha comido; esta clase media que manda a sus hijos a las Universidades no para que estudien sino para que adquieran un título; esta clase media de los casinos; esta clase media que lee chistes y colmos y no cree más que en el sentido común porque cada uno de sus entecos hijos espirituales carece del sentido propio; esta clase media esencial y fundamentalmente cobarde, que habla de los excesos del obrerismo; esta clase media tanto más materializada cuanto más alardee de católica apostólica romana; esta clase media adoradora del éxito y que no cree en la justicia, esta clase, es la que ha dado fomento y calor a esa demencia neutralista.

Mas parece que el proletariado se agita. ¿Será verdad? ¿Llegará también acá, en una u otra forma, esa oleada que está levantando a Europa?

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción sin citar la procedencia).

